

y las arias y siguen la ópera más fácilmente, pero también surgen las comparaciones con otras versiones...

PREGUNTA. — ¿Usted cantó en el Metropolitan de Nueva York un "Caballero de la rosa", de Strauss, cuya régie pertenecía a Lotta Lehmann. ¿Cree haber cambiado su concepción del personaje de la Mariscala luego de haber trabajado con ella, a quien se considera la máxima intérprete de ese rol?

RESPUESTA. — No mayormente. Ambas nos hallamos muy de acuerdo en cuanto a la interpretación. Además, cuando canté esas funciones ya había interpretado a la Mariscala muchas veces y tenía el personaje muy formado.

PREGUNTA. — ¿De los roles que canta actualmente cuál es el que querría cantar nuevamente en forma próxima?

RESPUESTA. — "Fedra", de Pizzetti, es una partitura de mucha fuerza.

PREGUNTA. — ¿Y cuál querría aprender?

RESPUESTA: "Medea", de Cherubini, pues no sólo tiene una música es-

pléndida, sino que también me daría un gran lucimiento desde el punto de vista dramático.

PREGUNTA. — Y para terminar esta entrevista querría hacerle una pregunta muy poco musical. Tengo entendido que vive usted en la casa de Fantomas...

RESPUESTA. — Algo de eso hay. El escritor que creó a Fantomas debió evidentemente conocer a alguien que viviera en nuestro departamento, ya que la casa de ese personaje (o sea la nuestra) está descrita minuciosamente hasta en sus menores detalles.

Dejamos a Régine Crespin. Recordamos su Mariscala. Desde entonces hasta ahora nos dio a Kundry, Tosca, Penélope, Dido, Casandra e Ifigenia. Algo de todas estas heroínas hay en su modo erguido que domina las situaciones. De ella irradia una especie de magnetismo y postura que inconscientemente nos hace pensar en ella en el escenario. Es algo tal vez incalificable, que mezcla los ademanes clásicos con lo heroico. Y no podemos dejar de esperar su próxima aparición entre nosotros. ♦

## notas bibliográficas

JORGE COMADRAN RUIZ. — *Bibliotecas Cuyanas del siglo XVIII*. — Universidad de Cuyo. — Mendoza. — s. f. 144.

Como lo dice el colofón, esta obra se publicó en 1961, y aunque sea así, vale la pena exponer sus méritos, pues los tiene muy grandes. Hasta hay aseveraciones sensacionalistas. Firma el Prólogo el Padre Guillermo Furlong y con buenas razones manifiesta y hasta prueba que todas las Reales Cédulas, prohibiendo la entrada de extranjeros a los dominios ultramarinos españoles, no tenían otro objetivo que impedir la entrada de portugueses. Por lo general, sólo a ellos se aplicaban esas leyes prohibitivas. Otro aserto del prologuista es que a América

venían todos los libros que se publicaban en España y gran parte de los que aparecían en Francia, Italia, Alemania y demás países europeos, de suerte que las colonias hispanas, en concreto el Río de la Plata, no estaban a la deriva de la Península, en lo que a cultura se refiere, sino a la cabeza de la misma. No es probable que todos los historiadores argentinos acepten ese criterio, pero en lo que toca a las corrientes filosóficas, con tantas pruebas probó esa realidad el mismo Furlong en su libro sobre el *Nacimiento y desarrollo de la filosofía en el Río de la Plata, entre 1526 y 1810*.

Comadrán Ruiz ha podido conocer once bibliotecas cuyanas, anteriores a 1810, y además de darnos los elencos de todas

ellas, estudia uno por uno los autores de los libros en ellos contenidos, agrupándolos bajo estos acápites: teología y ascética, Derecho y Administración pública, Literatura, Historia y Geografía, Matemáticas, y finalmente, Gramática y Lingüística.

Para que el lector se forme una idea de la índole de este eruditísimo estudio del profesor Comadrán Ruiz, vamos a transcribir lo que consigna sobre Benito Jerónimo Feijoo tan ponderado últimamente, así por el doctor Marañón como por el filósofo Marías: "Pero si hubo un autor apreciado durante el siglo XVIII en Mendoza, fue éste el R. P. BENITO JERONIMO FEIJOO, cuyas agudas y eruditas críticas, tanto se difundieron en España y América durante el siglo XVIII. De él nos dice Menéndez y Pelayo que: "Vino a dar la victoria a los innovadores el atemplanado eclecticismo del Padre Feijoo, varón benemérito en altísimo grado de la cultura de su pueblo, incansable constructor de preocupaciones en todos los ramos de la ciencia y de la vida común. Redúcense sus obras, coleccionadas con los títulos de "Teatro Crítico", y "Cartas Eruditas" —continúa Menéndez y Pelayo—, a una serie de disertaciones cortas, al modo de los ensayos ingleses, en los cuales se recorren las más diversas materias, con espíritu universal y enciclopédicos, conforme al gusto de aquel siglo, fijándose el autor con especial ahínco en las de la física experimental y medicina, penetrando alguna vez en el campo de la crítica histórica, y dedicando largo espacio a la impugnación de las artes mágicas y divinatorias y de los casos prodigiosos malamente autorizados por la creencia y voz popular. No se crea, por eso, al Padre Feijoo un escéptico o un volteriano: al contrario, de la pureza de su fe tenemos irrecusables testimonios. Decidido adversario de la superstición, rindió siempre tributo a la verdad del orden sobrenatural, y aun puede contársele entre los mejores apologistas cristianos de su tiempo. Removió infinitas ideas, y fue, por decirlo así, un "periodista científico". Vulgarizó gran número de conocimientos experimentales e históricos; fue gran partidario de los principios newtonianos y del método de observación. Al Canciller Bacon y a nuestro gran Vives reconociólos siempre por maestros y guías, viniendo a ser doctrina una especie de criticismo erudito, ávido de examen y de análisis". El mejor conocedor de Feijoo en Mendoza, durante la época que estudiamos, parece haber sido D. Pedro Pacheco —fallecido en 1764—,

quien no sólo poseía su "Teatro Crítico" y sus "Cartas Eruditas", sino también las "Reflexiones crítico apologeticas" en las cuales el franciscano D. Francisco Soto y Marne criticó violentamente las ideas del benedictino. Esta se defendió del ataque con su "Justa repulsa de inícuas acusaciones", obra polémica que también encontramos en la colección de Pacheco, personaje interesante cuya biblioteca demuestra sus grandes inquietudes e ilustración".

.. Así es cómo el profesor Comadrán nos expone la existencia y la posible influencia de los autores, cuyas obras eran conocidas en Cuyo, y sólo lamentamos que haya sido a las veces poco explícito, como es el caso de Francisco Suárez, que era, sin duda, conocidísimo en Cuyo, ya que lo era en las otras regiones del Río de la Plata, y lo mismo se podría decir de Solórzano y Pereira.

Pero a pesar de estas y de otra falla más seria, como es la falta de índices de autores y de obras citadas, no podemos sino felicitar al doctor Comadrán por este trabajo, y hacer votos para que en las diversas zonas del país se hagan publicaciones de este jaez y de esta envergadura.

Guillermo Furlong S. J.

RAIMUNDO FARES. — Un inmenso convento sin Dios. — Buenos Aires, 1964.  
MU FU-SHENG. — "The Wilting of the Hundred Flowers. — London, 1962.

Dos libros sobre China escritos por dos intelectuales que no pueden ocultar su simpatía por el esfuerzo realizado para transformar ese cuasicontinente en una nación. Ambos autores se colocan en una posición de comprensión y dinamismo en la historia y éste es su principal mérito.

No se puede criticar a los comunistas chinos por lo que están haciendo sino desde un punto de vista ético y religioso, pero no desde un punto de vista económico ni político. China ha sufrido a manos de los extranjeros desde la guerra del opio hasta la invasión japonesa. Ha sufrido de los gobiernos desorganizados desde sus señores feudales, las distintas dinastías, hasta el Koumintag y Chian kai-shek. Los comunistas chinos han creado en pocos años una verdadera nación. China no es una anarquía. Cada provincia y cada pueblo está bajo el control del gobierno central; un solo ejército obedece a un solo gobierno en vez de varios ejércitos a las órdenes de distintos caudillos. La ley en el sentido occidental no se da pero al menos las órdenes gubernamentales se cumplen en todos los

rincones del país. Las oficinas funcionan y los funcionarios no necesitan ser sobornados ni se deben buscar recomendaciones para que los asuntos marchen. Los impuestos se pagan y llegan a las cajas centrales; los policías son respetados y obedecidos; el concubinato, el opio, el juego y los lujos sociales han desaparecido; la educación es ofrecida aún a los más pobres y se ha iniciado un programa de gran industrialización. ¿Qué otra cosa pueden pedir nuestros mismos materialistas de distintas ideologías? Por otra parte, ¿hasta dónde el mismo capitalismo no ha logrado sus éxitos actuales basándose en la muerte y decadencia de varias generaciones? Pero ni el error de unos, ni la falta de ética de los más, puede justificar el hecho de que se sigan cometiendo las mismas faltas y que se pisotee al hombre como se ha hecho y se hace. Por eso, una visión objetiva, positiva que no pretenda escarbar más hondo en la suerte personal de los habitantes de la China podrá reconocer que se ha dado un paso adelante, pero como especialmente lo hace notar Mu Fu-sheng el precio que se ha debido pagar es muy alto para nuestra escala de valores pero no lo es tanto para los dirigentes comunistas que han vivido prácticamente siempre en guerra, ni tampoco para el mismo pueblo chino que ha atravesado largos períodos de guerras, hambres, miseria y anarquía.

El libro de Fares se destaca por el cúmulo de documentos que agrega y que reflejan claramente el pensamiento de los líderes del comunismo chino. Por otra parte, el libro refleja vívidamente las sensaciones provocadas por un contacto directo con una gran experiencia histórica. Esa experiencia hace vislumbrar una de las soluciones que la humanidad puede encarar para su siglo XXI: orientar a las masas con todas sus energías a terminar con el hambre y la miseria en todos los rincones del globo a través de cualquier

esfuerzo. Si para obtener esto es necesario crear más que un convento un verdadero cuartel en el que todos obedezcan ciegamente y amolden hasta sus sentimientos a la gran obra, se hará y esto es lo que se han propuesto los líderes chinos. ¿Podrán los mil millones de chinos del siglo XXI imponer esta concepción a la humanidad entera? ¿Vivirán los sucesores de los actuales dirigentes esta finalidad con la misma tensión actual? También frente al esfuerzo de Lenin hubo entusiasmos a través del mundo que celebraba un mundo más humano y más social. Pero ni Stalin, ni Kruschov han provocado los mismos entusiasmos.

La naturaleza humana lucha contra todo lo que pretende desfigurarla y aceptando las mejoras corrige las reformas demasiado radicales. El mundo del futuro será un mundo de lavado de cerebro y de minorías dirigiendo enormes masas de esclavos según el sueño del gran inquisidor de Dostoiewski, o por el contrario, el siglo XXII podrá vislumbrar un crecimiento total de la humanidad hacia una mayor conciencia de todos y un ejercicio más efectivo de la responsabilidad y de la iniciativa personal? La experiencia china podrá ser corregida a través de un contacto mayor con el cristianismo para convertirse en un instrumento de liberación del hombre o no? Estos son los interrogantes que abren estos dos libros y que plantean la crisis de las conciencias en muchos de nuestros contemporáneos. Lo que no se puede es volver atrás, ni soñar con utópicos liberalismos o cristianos fascismos o nazismos. Si la historia se repite, lo hace aprovechando los valores que han ido surgiendo en su curso. Los libros que comentamos muestran, con sus defectos, los valores que la experiencia china ha añadido a la historia. Dejarlos de lado sería pretender falsear el futuro.

F. Storni S. J.